



PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO*

**“Cobren ánimo, levanten la cabeza,
porque se acerca su liberación”**

Luis Fernando Crespo

No se olviden de leer los Textos Bíblicos antes del comentario

Lecturas: Jeremías 33,14-16; 1Carta a los Tesalonicenses 3,12-4,2; Lucas 21,25-28.34-36

Con el primer domingo de adviento comienza un nuevo año litúrgico. Las lecturas que se harán los domingos corresponden al llamado Ciclo C, en el que iremos leyendo el Evangelio según san Lucas. Este evangelio forma parte, junto con el de Mateo y el de Marcos, de los llamados evangelios “sinópticos”. Mantiene el esquema de presentar la primera etapa de la actividad de Jesús en Galilea y los últimos días en Judea. Entre estos dos momentos, Lucas dedica un largo espacio (9,51 – 19,28) al camino hacia Jerusalén, en el que inserta acciones y enseñanzas de Jesús, así como algunas parábolas propias de este evangelio, como la del buen samaritano (10,30-37), la del padre y los dos hijos (15,11-32) y la del rico y el pobre Lázaro (16,19-31). También encontramos en los dos primeros capítulos del evangelio unos relatos sobre los orígenes, nacimiento e infancia de Jesús.

El tiempo de Adviento está destinado a prepararnos para la celebración de Navidad, el nacimiento de Jesús. Es una preparación que se ha hecho cada vez más necesaria. La descomunal propaganda que el comercio despliega antes de Navidad, ha logrado opacar la espera del Niño Jesús, sustituyéndola por el Árbol y el Papá Noel, cargados de regalos, ricos manjares y refinadas bebidas, que los pobres se contentarán con mirar en la televisión y en las vitrinas de los grandes comercios. Esta navidad no es para ellos. Y, si no es para ellos, no es Navidad.

Este año celebraremos una Navidad sin la pandemia que nos aturdió años atrás. Pero con secuelas que no hemos logrado superar: pobreza, no sólo económica, hambre y carencia de trabajo y de reconocimiento, violencia e inseguridad crecientes hacia mujeres, niñas y niños, extorsiones y falta de confianza en las instituciones. En las escuelas y en los hospitales de los pobres no se notará la diferencia. Y, pese a todo, el 24 en la noche la lectura del evangelio de Lucas nos recordará que Jesús nació pobre y

* Ciclo C

entre los pobres, y que ellos –los pastores- fueron los primeros en saberlo y en celebrarlo. La pregunta y el desafío se imponen en la comunidad cristiana: ¿cómo vivir hoy con sentido cristiano y cómo hacer presente en nuestro entorno la Buena Noticia, que entonces se proclamó a los pastores de la periferia de Belén: “les anuncio una gran alegría que lo será para todo el pueblo: les ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor” (Lc. 2,10-11)? Tenemos las cuatro semanas de adviento para pensarlo y comenzar a vivirlo.

La primera lectura está tomada del libro del profeta Jeremías. Tiempo difícil aquél, de incertidumbre ante la amenaza de sitio por parte del Imperio de Babilonia, que terminará con la conquista de Jerusalén y la deportación. El profeta cree en la misericordia de Dios y en la alianza con su pueblo. Desde esa esperanza se atreve a proclamar un futuro que sólo el Dios fiel a su pueblo podría cumplir: “En aquellos días haré brotar para David un Germen justo, que practicará el derecho y la justicia en la tierra... Y se le llamará ‘Yahvé, justicia nuestra’”. Se promete un descendiente de David, cuya identidad se define en la práctica de “justicia y derecho”. Se le llamará “Yahvé justicia nuestra”. Es notable la repetición de la palabra “justicia” para calificar la nueva realidad que Dios ofrece. En esa justicia, la propia de Dios, que pone su acento en la causa de la viuda, del huérfano y del extranjero, reposa la novedad de la promesa. La comunidad cristiana reconocerá en Jesús a ese descendiente de David, llamado en un texto de Isaías “ungido” (Mesías, Cristo). Precisamente porque se viven tiempos tan difíciles para los pobres, habría que empezar a reorientar desde esa perspectiva bíblica el sentido de lo que esperamos para Navidad y lo que queremos preparar en el adviento: el nacimiento de Jesús, Navidad, como un tiempo en el que se avive nuestro compromiso por una sociedad más justa, fraterna y solidaria. Se hace necesaria una catequesis interna en la comunidad cristiana y en la familia, que ponga su centro en el nacimiento de Jesús, y una evangelización que reoriente los deseos y las expectativas de consumo superfluo hacia una satisfacción sobria de lo necesario, de manera que nos predisponga a compartir con los más afectados por carencias y sufrimientos. Sobriedad para la solidaridad, podría ser una consigna para esta Navidad.

La lectura del evangelio puede ser que nos desconcierte un poco. Estamos pensando en la preparación de Navidad y parece que se nos habla del fin del mundo. La lectura está tomada ciertamente del llamado “discurso escatológico”, formulado en este tipo de lenguaje apocalíptico, que alude a destructoras catástrofes cósmicas para anunciar la llegada de un mundo nuevo creado por Dios. Las expresiones y figuras de la catástrofe cósmica y el natural desconcierto de los hombres ya lo conocíamos por el texto paralelo de Marcos, que habíamos leído hace dos domingos. El anuncio no se queda en lo catastrófico, sino que se dirige hacia “la venida del Hijo del hombre con gran poder y gloria”. Las palabras de Jesús se refieren directamente al acontecimiento “escatológico”, al fin de los tiempos y a los tiempos nuevos. Pero ese tiempo ya fue inaugurado y está presente con la venida de Jesús. En el adviento se conjugan la espera de la venida futura del Hijo del hombre “con poder y gloria” y la celebración de la venida ya realizada del Hijo del hombre en la humildad y pobreza de nuestra carne. Hoy, que leemos el texto con los ojos puestos en la espera de Navidad, el acento recae en la

esperanza y en la vigilancia, actitudes muy necesarias en el tiempo que vivimos. “Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobren ánimo y levanten la cabeza, porque se acerca su liberación”.

El nacimiento de Jesús -encarnación en nuestra humanidad, inauguración del tiempo “final” (escatológico)- implica algo más que el recuerdo de una anécdota feliz del pasado. Nos ofrece una clave para afrontar el presente y mirar el futuro. La historia y el quehacer humano están habitados por la presencia salvadora/liberadora del Hijo del Hombre, son historia y quehacer de salvación y liberación. Por eso, en medio de los tiempos difíciles del presente (catástrofes climáticas, persistencia de injustas desigualdades, conflictos de guerras, hambre, discriminación y maltrato de personas vulnerables como migrantes, mujeres y niños y un largo etc.), resuenan y cobran sentido las palabras citadas de Jesús: Ahí radica el sentido del adviento y la pertinencia de este evangelio. Es tiempo de preparación para el nacimiento de Jesús, que ha venido y viene para hacer posible una humanidad nueva en la que reine “la justicia y el derecho”. Para que no se queden en bonitas palabras habría que ponerles nombres más concretos de metas a lograr y de destinatarios más precisos. Sería un buen ejercicio comunitario para el adviento.

Navidad: memoria de la venida del Hijo del hombre, pero también reconocimiento del Señor que viene cada día y en cada oportunidad. Cuesta descubrirlo en medio de tantas precariedades e incertidumbres, pero creemos que es verdad y eso hace posible una mirada nueva de la realidad, una mirada esperanzada, y una manera distinta de situarnos en ella. No estamos solos, ni al garete, sin sentido. Jesús abre horizontes amplios de futuro y esperanza: “Levanten la cabeza porque se acerca su liberación”. La historia humana es ya historia de liberación, la salvación de Dios, encarnada, actúa en ella. Hay que levantar la mirada, descubrir con atención los signos de esa presencia liberadora en la vida generosa y solidaria de mucha gente, y levantar los brazos para incorporarnos, conscientes y comprometidos, en esa marcha, Por eso. “cobren ánimo”. El tiempo de adviento nos invita a recuperar el ánimo, a mirar lejos y con profundidad el horizonte, a reavivar la confianza en la presencia liberadora del Señor en nuestro caminar.

Como segunda lectura se nos propone unas líneas de la Primera carta de Pablo a los cristianos de Tesalónica, Ante la imposibilidad de visitarlos personalmente, les escribe esa carta. Es el primer escrito del Nuevo Testamento. Parece, por el contexto de la carta, que en la comunidad se vivía un cierto desasosiego por el retraso de la venida del Señor, que habían pensado inminente. Pablo les exhorta a mantenerse fieles a “lo que aprendieron de nosotros sobre cómo comportarse y agradar a Dios”. De manera muy precisa les insiste: “que el Señor les haga progresar y sobreabundar en el amor de unos con otros y en el amor para con todos”. Es notable que el primer escrito cristiano que nos ha llegado ponga de tal manera el acento en el amor en las relaciones comunitarias y en el amor hacia todos los de fuera.

Finalmente, celebrar el tiempo de adviento es como ponernos en camino hacia el Señor que “adviene” a nuestro tiempo y a nuestras vidas. Implica salir de nosotros para

“venir hacia” él, a su encuentro. Es una experiencia espiritual de conversión: salir de nuestros pequeños (o grandes) egoísmos para dejarnos encontrar por el Dios que viene en los rostros sufrientes (y esperanzados) de los pobres. En ellos va a nacer el Señor para nosotros.